

Carlos Avellaneda

# Lo acepto todo

*Paradojas de la vida y de la fe*

3<sup>A</sup> EDICIÓN

AGAPE  
LIBROS 

## “Dios no me cierra”

Una vez me visitó un joven que, dejando atrás la religiosidad de su infancia, comenzaba a estrenar un implacable espíritu crítico respecto de la fe recibida. Lo primero que hizo fue declararse agnóstico y el motivo en que fundaba su increencia era, según sus propias palabras: “Dios no me cierra”. “Empezamos bien”, le respondí yo, y continué, parafraseando a San Agustín: “porque si te cierra, ése no es Dios”.<sup>1</sup>

A mi interlocutor pareció no interesarle la respuesta y comenzó a enunciar un montón de dilemas vitales, paradojas y contradicciones de la vida que significaban para él una clara evidencia de que un mundo así es imposible que haya sido creado por un supuesto Dios bueno y amoroso. No es difícil para ustedes imaginar cuáles fueron algunas de las cuestiones que aquel joven me planteó: el sufrimiento de los niños, la muerte prematura de gente buena, las catástrofes ecológicas que arrasaron la vida de tantas poblaciones, las injusticias... y todo esto ocurriendo bajo la indiferente mirada de Dios.

“¡No! Dios no puede existir si la vida está herida por tanto dolor y muerte”. Con estas palabras mi joven interlocutor, sin pretenderlo, se alzaba como intérprete y portavoz de generaciones de creyentes que a lo largo de la historia se han enojado con la vida y escandalizado de su fe. Al parecer él necesitaba una realidad que le “cerrara”, que no presentara interrogantes, oscuridades o conflictos. La superación de la ingenuidad infantil de

---

<sup>1</sup> “Si lo comprendes, no es Dios” (San Agustín, *Sermón* 52).

su religiosidad estaba dando lugar a una nueva ingenuidad adolescente que pretendía (y exigía) un mundo ideal, previsible, sin crisis ni rupturas, sin sufrimientos ni contradicciones.

En muchos cristianos, no solo jóvenes sino también adultos, encuentro una pretensión semejante. Cuando somos visitados personalmente por el sufrimiento, la injusticia o el fracaso, es comprensible que cuestionemos nuestra mirada de la vida y los fundamentos que sostenían nuestra fe. Son muchas las personas, aun con una muy buena formación cultural y profesional, que se sorprenden por los misteriosos caminos de la vida y se escandalizan de Dios, abandonándolo en señal de protesta, casi como un reproche o una venganza por su supuesta indiferencia ante sus tribulaciones.

Lo sabemos, muchas veces el sufrimiento nos hace entrar en zonas de oscuridad y confusión, de enojo y rebeldía. No podemos pensar con serenidad, comenzamos a elucubrar teorías conspirativas, acusando a Dios de nuestro infortunio. Y para ser coherentes con nuestra mirada ingenua de Dios y de la vida, llegamos a sostener firmemente que él no existe.

Claro, el Dios en el que creíamos, o para decirlo mejor, lo que creíamos acerca de Dios, no era verdadero ni real. Pero eso no significa que Dios no exista, lo que no existe es el mundo y el Dios que habíamos imaginado. Por eso las crisis vitales y las crisis de fe, muchas veces tan unidas, son oportunidades para abrirnos a un descubrimiento, seguramente doloroso, de las profundidades de la vida y de los misterios de la fe.

Quizás nuestro pensamiento occidental, marcado por el racionalismo iluminista, donde todo debe tener una explicación “clara y distinta”, donde todo debe “cerrar” en ideas y afirmaciones coherentes, nos tienda una trampa y

nos haga tropezar como seres humanos y como creyentes. ¿Pero es posible explicar la vida con afirmaciones lineales y absolutas? ¿Dios puede entrar en la mente de un ser humano que pretenda saberlo y explicarlo todo? La respuesta a ambas preguntas es: “no, es imposible”. Sin embargo, el costo emocional y espiritual de esta negativa es alto y muchos lo pagan con fuertes resistencias al dolor que provocan más sufrimiento. Por su gran riqueza, Dios y la vida tienen honduras, relieves y dimensiones muy complejas. Quisiéramos aprehender todo claramente con nuestra mente, pero nuestro pensamiento se topa cada tanto con aparentes contradicciones que nos dicen que la vida y la fe se manifiestan como una gran paradoja.

### Las paradojas

La paradoja es una manera de comprender y expresar realidades demasiado complejas como para ser explicadas desde una única perspectiva.<sup>2</sup> En el pensamiento oriental antiguo que encontramos en la Biblia es frecuente el uso de la paradoja que propone dos afirmaciones aparentemente contradictorias para revelar algo nuevo acerca de la vida, de la historia y de Dios. El nuevo testamento nos propone muchas paradojas que, partiendo de experiencias vividas, nos hablan de la complejidad de la realidad a la luz de la fe, luminosa y oscura a la vez.

Si echan una mirada al índice de este libro, empezarán a descubrir con cuántas paradojas Dios se ha revelado a sí mismo y nos ha revelado nuestra propia verdad. No son paradojas “de pizarrón”, afirmaciones teóricas y sutiles de algún filósofo. Se trata más bien, de expresiones tensas y conflictivas que revelan las riquezas del

<sup>2</sup> Cf. N. CANNON – W. AU, *Anhelos del corazón. Integración psicológica y espiritualidad*. Agape, p. 20.

amor, la dolorosa presencia del mal en el mundo, la fortaleza y la fragilidad humanas, la presencia del pecado y de la gracia en el corazón del hombre, la misteriosa acción redentora de Dios y, en fin, el misterio íntimo de Dios que siendo uno y único, es en tres personas.

La vida es una totalidad que abarca polos contrapuestos y, en apariencia, contradictorios. ¿Puede la muerte dar vida? ¿Puede el mal convivir con el bien? ¿Pueden dos personas unirse y ser uno? ¿Puede un sufriente consolar? ¿Se puede ser santo y pecador? Las respuestas más acertadas a estas cuestiones solo son posibles si aceptamos que “la contradicción o polaridad es esencial al ser humano”<sup>3</sup> y que la vida posee diversas facetas que necesitan ser contempladas en una unidad de sentido, superadora de las tensas contradicciones.

La existencia humana es paradójica. La dramática polaridad que existe, por ejemplo, entre vida y muerte, bien y mal, hombre y mujer, dolor y consuelo, santidad y pecado podemos encontrarla en todas las realidades de la vida. Gran parte de nuestros desconciertos y enojos con Dios y con la vida provienen de no poder unir lo que en nuestra mente está separado, pero en la vida real está paradójicamente unido.

Nos cuenta el libro de Job que cuando este es azotado por gravísimos males que lo hieren emocional y físicamente, su mujer lo cuestiona, desafiándolo a renegar de Dios. Le dice: “¿Todavía vas a mantenerte firme en tu integridad? Maldice a Dios y muere de una vez”. Pero él le respondió: “Hablas como una mujer insensata. Si aceptamos de Dios lo bueno, ¿no aceptaremos también

---

<sup>3</sup> A. GRÜN, *La mitad de la vida como tarea espiritual. La crisis de los 40-50 años*. Agape, p. 77.

lo malo?”. Y el autor del libro concluye, diciendo: “En todo esto, Job no pecó con sus labios” (Jb 2,9-10).

En este pasaje, sintético y dramático a la vez, podemos sentirnos reflejados nosotros cuando nos toca transitar las penurias de la vida. Aceptar la realidad –la dura realidad– es aceptar a Dios, y renegar de ella, de algún modo es renegar de Dios. El contraste entre integridad (Job) e insensatez (mujer de Job) refleja la tensión que provoca el aceptar que la vida es un todo y que entonces es necesario recibir de Dios todo, tanto lo bueno como lo malo. Job “no pecó” dice el texto; es decir, no se rebeló contra Dios y aceptó la totalidad de experiencias que la vida le deparó: lo bueno y lo malo. Se mantuvo firme en su “integridad”, respondió como un hombre íntegro y unificado que no colapsa cuando la realidad se muestra dolorosamente contradictoria.

Uno de los grandes desafíos que enfrentamos a lo largo de nuestra vida es aprender a aceptar los aspectos contrastantes de la realidad que vivimos. “Mi marido es bueno, pero incomunicado”. “Mi mujer es excelente madre, pero fatal como esposa”. “Mi hijo es divino, pero eligió mal a su novia”. “Pude estudiar la carrera que elegí, pero no soy feliz con mi profesión”. Podríamos multiplicar indefinidamente los “peros” con los cuales la vida se nos muestra contradictoria, paradójica y, muchas veces, difícil de aceptar.

Es necesario saber que la aceptación de los aspectos contrastantes de la vida se favorece mediante la integración “en nosotros mismos” de los aspectos polares de nuestra propia personalidad: lo que apreciamos y lo que nos disgusta, nuestra fortaleza y debilidad, nuestras capacidades y limitaciones. No somos solo lo que quisiéramos ser. Somos un todo paradójico con contradicciones que debemos reconocer y asumir para

ser “íntegros”, sin desechar nada de nosotros. Solo el hombre suficientemente unificado es capaz de sostener las polaridades de la vida sin claudicar, gracias a haber integrado en sí mismo los contrastes de su psiquis, de su cuerpo y de su alma.

Existe en nuestra vida una íntima conexión de lo de adentro con lo de afuera, de lo intrapsíquico y espiritual con las realidades exteriores. La manera como un individuo percibe y vive las realidades cotidianas y las de la fe, que muchas veces se muestran paradójicas, tiene que ver con su nivel de integración psicológica y espiritual.

Hablemos más acerca de esto.

### La integración como camino

La última plegaria de Jesús que el evangelio de Juan nos transmite, bien puede expresar su último y más íntimo anhelo dirigido a Dios. Dice: “Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros” (Jn 17,21). Esta petición del Señor sugiere que la unidad de todos y de todo es el destino final hacia el cual hay que caminar. Ser “uno” entre los seres humanos en el uno divino que es Dios, Padre e Hijo.

Una expresión cercana a este deseo de unidad la encontramos en san Pablo al describir el final de los tiempos cuando “Dios sea todo en todos” (1 Cor 15,28). La perfecta unidad e integración de lo diverso en el todo divino expresa la plenitud hacia la cual se encamina el hombre, la historia y la creación. En la misma carta Pablo enseña a una comunidad con tensiones y divisiones interiores que “hay diversidad de actividades, pero es el mismo Dios el que realiza todo en todos” (12,6). De nuevo, “Dios todo en todos”. La diversidad que siempre es riqueza, pero muchas veces provoca polaridad y en-

frentamiento, debe caminar hacia la unidad ya que todos los corintios forman “un solo cuerpo”.

En estos textos bíblicos y otros que veremos más adelante, la integralidad se presenta como un don otorgado por un poder superior a los seres humanos: Dios, Cristo o el Espíritu. La totalidad de la existencia humana y cósmica que abraza todos los contrastes solo se sostiene unida por el poder de Dios. Él asegura la unidad de la vida con sus paradójicas polaridades.

Por eso la integración de dos opuestos en aparente contradicción se realiza en un nivel superior a aquel en el que ellos se enfrentan. Esto significa que todas las polaridades humanas se integran solo si acceden al plano divino. Hombre y mujer, multiplicidad y unidad, gracia y pecado, gozo y sufrimiento, vida y muerte, todas las polaridades se unifican en una dimensión que las incluye y trasciende. Esa dimensión trascendente es divina: solo Dios y su gracia hacen posible la unidad. Él une todo y la caridad lo integra todo. Dice el Apóstol: “El amor (*agapé*) todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Cor 13,7). Este amor de caridad posee una fuerza totalizante e integradora de toda polaridad, disculpando y soportando “todo”.<sup>4</sup>

La unidad es lo contrario de la polaridad y solo es posible acceder a ella en comunión íntima con el creador y redentor de todo. Nos enseña san Pablo que en Cristo fueron creadas todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra, los seres visibles y los invisibles y todo subsiste en él. Él reconcilió todo lo que existe en la tierra y en el cielo (cf. Col 1,16.20). Las polaridades cielo-tierra, visible-invisible se unifican y reconcilian en Cristo. Lo mismo

<sup>4</sup> Cf. N. CANNON – W. AU, *o.c.*, p. 27.



ocurre con los contrastes sociales: “ya no hay judío ni pagano, esclavo ni hombre libre, varón ni mujer, porque todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús” (Gál 3,28). La unidad integradora de todas las polaridades se realiza “en Cristo”. Él actúa como un tercer elemento en el cual se hace posible la integración.

Estas afirmaciones un tanto teóricas nos ayudan a comprender que lo que nuestra percepción humana considera paradójico o contradictorio puede ser integrado cuando vivimos lo humano en lo divino y desde lo divino. Unidos a Dios que es amor se hace posible superar la polaridad. La caridad nos permite ver la unidad por debajo de toda polaridad y abrazar la realidad entera con sus dimensiones paradójales.

Sabemos que cuando estamos en conflicto con nosotros mismos o con la realidad que nos rodea, sufrimos, nos desgastamos y nos amargamos. Cuando no aceptamos las contradicciones que existen en la realidad y las que hay en nuestra propia persona, permanecemos en un estado de insatisfacción y conflictividad que sabotea nuestro vínculo con la vida. No encontramos la paz. Asumir la paradoja de la vida y sus misterios nos ayuda a recuperarla. Veamos un par de ejemplos para comprender cómo la integración de las polaridades solo se hace posible gracias a Dios y al don de su amor que es la caridad.

Miremos la pareja humana. El hombre no es solo varón ni solo mujer. El ser humano completo es la polaridad de la pareja de los dos que se integran en la unidad mediante la complementación amorosa de sus diferencias. Como nuestra manera espontánea de ver las cosas es fragmentaria y no integradora, la mayoría de las veces el varón y la mujer se perciben como polos opuestos y en contradicción. Pero cuando se abren a Dios, el varón y

la mujer pueden darse cuenta de que sus diferencias no necesariamente son conflictivas si saben integrarlas en una comunión de amor. En esa dimensión trascendente de la relación ellos pueden reconocerse “uno”. Mi experiencia acompañando parejas de esposos abiertos a Dios da testimonio de esto.

Además, es necesario comprender que como un único polo de la relación hace incompleto al ser humano, este solo se completa en la unidad de los dos, varón y mujer. Para favorecer esta unidad cada uno deberá integrar en sí mismo lo *femenino* y lo *masculino* de su psiquis. Hay una estrecha relación entre *integración psíquica personal* y *unidad relacional* de la polaridad masculino-femenino, varón-mujer. La superación de la polaridad solo se realiza asumiéndola. Mientras un varón no asuma su lado *femenino* experimentará dificultades para unirse íntimamente a su mujer y mientras esta no integre su lado *masculino* le será más difícil acoger al varón. Ya profundizaremos esta paradoja relacional más adelante.

Veamos ahora el ejemplo de otra polaridad para comprender cómo necesitamos abrazar la paradoja que es la vida. Vida y muerte son polos opuestos que se enfrentan dolorosamente en el plano humano. Sin embargo, solo la muerte hace posible una forma superior de vida, ya sea en el plano de la evolución biológica, de la psicología del desarrollo o de la trascendencia donde a la resurrección se accede solo atravesando la muerte temporal. Solo en un nivel superior en el que se confrontan paradójicamente vida y muerte podemos encontrar la redención de su polaridad. La vida que surge de la muerte es superior a su expresión anterior que caducó. La muerte se manifiesta de este modo como el reverso de la vida y una dimensión imprescindible para que ella se despliegue en plenitud. El Dios de la vida y nuestro amor a la vida nos ayudan a integrar estas dimensiones contrastantes y encontrar la paz.

En la perspectiva psicológica de Carl Gustav Jung la integración personal de la que venimos hablando implica una tarea de largo alcance que incluye el reconocimiento de nuestra *sombra* y la integración de *animus* y *anima*, lo masculino y lo femenino en nosotros.

Veamos primero qué es la sombra y cómo influye en nuestro vínculo con la realidad.

### La sombra

¿Quién percibe los polos contrastantes de la vida como irreconciliables, las diferencias como incompatibles y las paradojas existenciales como incoherencias del Creador? ¿Quién es incapaz de unir en su interior lo que se manifiesta polarizado en el exterior? ¿Quién está en conflicto habitual con la realidad? La respuesta es: El hombre que no está suficientemente integrado y unificado; es decir, aquel que reniega conflictivamente con aspectos de sí mismo. Entonces, ¿es el “afuera” lo que anda mal o el “adentro” lo que no está reconciliado?

Todo lo que no queremos ser, todo lo que no admitimos de nosotros mismos o nos avergüenza y rechazamos forma nuestra *sombra*. “Llamamos sombra (en la acepción que da a la palabra C. G. Jung) a la suma de todas las facetas de la realidad que el individuo no reconoce o no quiere reconocer en sí y que, por consiguiente, descarta”.<sup>5</sup> Pero el hecho de que no reconozcamos algunos aspectos de nosotros mismos no significa que no los tengamos, solo los ubica en un lugar fuera de la conciencia.

Esta inadmisión de un aspecto de nuestra personalidad hace que lo proyectemos hacia la realidad exterior,

---

<sup>5</sup> TH. DETHLEFSEN – R. DAHLKE, *La enfermedad como camino. Un método para el descubrimiento profundo de las enfermedades*. Debolsillo, p. 52.

de tal modo que al rechazar un aspecto de nosotros lo veremos fuera de nosotros en personas y en situaciones de la vida que nos provocarán rechazo y repudio. La sombra es nuestro interior rechazado y por eso no admitido ni reconocido. Todo lo que criticamos y denostamos de la realidad suele ser una resonancia de nuestros aspectos interiores no tolerados. Todo lo no asumido en *nosotros* es aquello que nos conflictúa de los *otros*.

Ahora bien, dice Jung que el que proyecta “no es el sujeto consciente, sino el inconsciente. Por lo tanto, uno no hace la proyección: la encuentra hecha”.<sup>6</sup> La fuerza de la proyección se origina en la conflictividad del sujeto con un rasgo de sí mismo. Es una dinámica inconsciente que por eso necesita ser conducida hacia la luz. Al ser consciente de lo que me disgusta de mí tendré que trabajar para llegar a admitirlo como un aspecto que constituye mi ser total. Esto me permitirá abrazar toda mi persona con humilde y amorosa aceptación. Dios me ayudará en esta tarea ya que él no me ama por mis aspectos agradables, sino enteramente y tal como soy. No porque sea bueno sino porque soy suyo. Su mirada amorosa me abarca totalmente ayudándome a integrar lo que yo rechazo de mí. Como dice el salmista: “Señor, tú me sondeas y me conoces... me rodeas por detrás y por delante y tienes puesta tu mano sobre mí” (Sal 119,1.5).

La sombra es fuente de angustia porque es aquello con lo cual estamos en conflicto. Pretendemos adjudicar la causa del malestar a una situación exterior, pero su origen es interior: el rechazo a un aspecto de nosotros mismos. Necesitamos llevar a la luz de la conciencia los aspectos oscuros de nuestro ser y abrazar la entera verdad de

<sup>6</sup> C. G. JUNG, *Aion. Contribución a los simbolismos del sí mismo*. Paidós, p. 23.

nosotros que seguramente incluye elementos no deseados, muchos de los cuales enriquecerían nuestra personalidad con solo admitirlo. Se redime únicamente aquello que se asume, por eso nuestro proceso de redención no avanzará mientras reneguemos de nuestras miserias.

Somos fuertes y débiles, virtuosos y defectuosos, racionales y sensibles, santos y pecadores. Estos opuestos que configuran la paradoja de nuestro yo no se unifican por sí solos; para poder integrarlos hay que asumirlos activamente.<sup>7</sup> “Integrar la sombra lleva toda una vida de trabajo interior y nunca se logra de una vez por todas”.<sup>8</sup> No obstante, quien recorra este camino de integración mantendrá un vínculo más lúcido consigo mismo, con los demás, con la realidad y con Dios. Las paradojas de la vida no lo lastimarán, sino que lo abrirán al hondo misterio de la vida.<sup>9</sup>

### *Animus y anima*

Jung describe otra polaridad que estamos llamados a reconocer e integrar en nosotros y que está formada por los arquetipos que simbolizan lo masculino y lo femenino, lo paternal y lo maternal. “*Anima* designa los aspectos femeninos en la psique masculina y *animus* los aspectos masculinos en la psique femenina”.<sup>10</sup>

<sup>7</sup> Cf. TH. DETHLEFSEN – R. DAHLKE, *o.c.*, p. 71.

<sup>8</sup> N. CANNON – W. AU, *o.c.*, p. 53.

<sup>9</sup> Para profundizar en la importancia de recuperar la sombra en nuestra vida, recomiendo la lectura de *El lado oscuro de la vida cotidiana* de Connie Zweig y Jeremiah Abrams, en: C. ZWEIG y J. ABRAMS (Ed.), *Encuentro con la sombra. El poder del lado oscuro de la naturaleza humana*. Kairós, p. 30.

<sup>10</sup> C. DOWNING, *Figuras arquetípicas en el mundo interior en: Espejos del yo. Imágenes arquetípicas que dan forma a nuestra vida*. Kairós, p. 31.

Según Anselm Grün, en la primera mitad de la vida las personas desarrollan más “solo una parte mientras que la otra queda reprimida en el inconsciente. Si el varón acentúa solo su masculinidad, el *anima* se retira al inconsciente y se manifiesta en caprichos y afectos vehementes”.<sup>11</sup> Es muy probable que, renegando de sus aspectos más sensibles, su relación con la mujer, en particular con su pareja, con frecuencia sea conflictiva y de poca empatía. Le molestará de ella lo que ha reprimido de sí mismo a las zonas oscuras de su inconsciente. La integración del *anima* es un paso decisivo del hombre y, a la vez, el presupuesto para que él deje de proyectar sus propios problemas sobre la mujer, adjudicándoselos a ella.<sup>12</sup>

Por su parte –dice Grün– “entre las mujeres el *animus* reprimido se manifiesta en opiniones tenaces. Estas opiniones descansan sobre presupuestos inconscientes y por eso no se dejan conmover”.<sup>13</sup> La mujer puede perderse en largas discusiones y argumentaciones confrontando con el hombre con extrema rigidez.

Para Jung lo femenino es en el varón lo compensatorio y lo masculino lo es en la mujer. En ella el inconsciente tiene signo masculino, por eso sus proyecciones serán bajo el signo de *animus*. Para este autor *anima* corresponde al eros materno y *animus* corresponde al logos paterno. La conciencia de la mujer se caracteriza más por lo unitivo del eros que por lo diferenciador y cognoscitivo del logos. En los varones está por lo general más desarrollado el logos que el eros que es una función relacionante.<sup>14</sup>

<sup>11</sup> A. GRÜN, *La mitad de la vida como tarea espiritual*, p. 81.

<sup>12</sup> Cf. A. GRÜN, *Luchar y amar. Cómo los hombres se encuentran a sí mismos*. San Pablo, p. 18.

<sup>13</sup> A. GRÜN, *La mitad de la vida como tarea espiritual*, p. 81.

<sup>14</sup> Cf. C. G. JUNG, *Aion. Contribución a los simbolismos del sí mismo*, p. 35.

Así como la integración de la sombra solo puede realizarse por medio de una relación de enfrentamiento con otro, el *animus* o el *anima* solo pueden hacerlo por medio de la relación con el sexo opuesto, pues solo así operan sus proyecciones.<sup>15</sup> Dicho de otro modo, en la relación de un varón y una mujer, él debe aprender a relacionarse con su *anima* al vincularse con la mujer, y ella tiene que relacionarse con su *animus* al vincularse con el varón. Ambos necesitan integrar en sí mismos sus polaridades femenina y masculina, lo suficiente como para no renegar de esas condiciones en su pareja.

La integración de las polaridades en la propia interioridad es la vía de aceptación de los aspectos contradictorios y también complementarios que la realidad suele presentar. En el origen de la no aceptación de algún aspecto de nosotros mismos seguramente hay un conflicto con nuestros padres a causa de una deficiente relación con ellos o con alguno de los dos.<sup>16</sup> La vida es paradójica y necesitamos abordar sus contradicciones desde una personalidad suficientemente integrada. La obstinación y el endurecimiento de aquellos que se confrontan todo el tiempo con las ambigüedades de la realidad y de las demás personas brota del miedo al problema de la contradicción y la polaridad.<sup>17</sup> La vida

---

<sup>15</sup> Cf. *Idem*.

<sup>16</sup> “‘Aquello que rechazamos nos ata, aquello que aceptamos nos libera’ (Garriga, 2013). Si toda la vida renegamos de nuestros padres, viviremos como renegados de la vida, en especial de nuestra vida. Algún aspecto de nosotros no quedará nunca integrado en nuestra persona; y lo que no se integra, desintegra y divide al propio yo. La falta de integración de los aspectos contradictorios de nuestra personalidad no es neutral, siempre será fuente de conflictos con nosotros mismos y con los demás” (C. AVELLANEDA, *Yo y el otro en busca del nosotros. La vida en relación*. Guadalupe, p. 198-199).

<sup>17</sup> Cf. A. GRÜN, *La mitad de la vida como tarea espiritual*, p. 78.

y sus paradojas serán para ellos fuente constante de incertidumbre, confusión y conflicto.

Avancemos ahora describiendo las distintas paradojas con las cuales Dios ha querido revelar su vida íntima, nuestra condición humana y el misterio de la redención. Todas nos invitarán a crecer en nuestra capacidad de integración.